

Pedro Selva

Algunos cuentos de tres cuentistas



In illo tempore... Hace mil años, cuando yo empezaba apenas a escribir y un poco, muy poco, a publicar, digamos, imprecisamente allá por los alrededores, antes o después, del Centenario, había en Chile tres cuentistas jóvenes que se elevaban con toda nitidez sobre la línea del horizonte. Los nombraré según el orden cronológico de mi conocimiento y también de la admiración que me inspiraban: eran Maluenda, Santiván y Latorre.

¡Qué grandes me parecían! ¡Y cuán lejanos e inaccesibles! La idea de acercármeles, de conocerlos, de conversar con ellos y oírlos me pasó, sin duda, alguna vez, por la cabeza, pero como se le ocurren a uno ideas extravagantes que sabe irrealizables, sin la menor esperanza. El solo eco del renombre literario me causaba horror y temblor. Recuerdo que una vez don Carlos Luis Hübner, padre de un íntimo amigo mío, jefe de mi oficina, me dirigió la palabra por no sé qué co-

sa y yo no le oía ni acertaba a sacar la voz mirándolo y pensando que era un escritor, que era uno de esos seres extraordinarios, fabulosos, llenos de misterio, dotados de un sobrenatural prestigio, que escriben cosas y las publican con su firma.

Maluenda, Santiván y Latorre, aunque recientes, bañábanse ya en esa atmósfera de luz que me hacía difícil fijar la vista con serenidad en un rostro iluminado por ella.

Al primero lo escuché leer un cuento en el Ateneo. Todavía lo escucho. Leía muy bien, tenía la voz, muy clara y pronunciación rotunda. Una lamparilla de pantalla verde daba sobre los papeles, dejando la cabeza del lector en la sombra. El cuento me pareció atrevidísimo: un hombre del campo amado por una mujer, a causa de cierta riña, le da una espantosa bofetada; ella, en vez de irsele encima con dientes y uñas y sacarle los ojos, le echa al cuello los brazos, lo besa y le da los nombres más cariñosos, preguntándole por qué, por qué ha hecho eso...

Nunca se me había ocurrido que semejante cosa podía ocurrir. Yo tenía poca experiencia.

También me sorprendieron como novedad sin precedentes, fruto de la escuela moderna, los comienzos y los finales de los cuentos de Rafael Maluenda, que pude apreciar cuando se publicaron en un libro bajo el título de «Escenas de la Vida Campesina»: Francisco Contreras me haría concebir más tarde graves escrúpulos al censurar este título, mientras elogiaba mu.

cho la obra, por considerarlo teatral: a su juicio, que hoy comparto, debía haberse llamado, simplemente, «Vida Campesina». Maluenda era menos refinado, más ingenuo, directo y natural, más Maupassant que Contreras; la fórmula que él eligió no promete sino lo que cumple y dice con exactitud la principal característica de esos relatos: la plasticidad, la visualidad, el corte perfecto (conste que los leí entonces, hace mil años, y que no los he releído). Parecen hechos para la escena. No así el final, que es repentino, inesperado y suele prolongarse indefinidamente, sobre una nota soñadora, que hace de pedal y sostiene en el aire el sonido. Los finales de teatro suelen ser más terminantes, tal vez para que el público sepa que la función ha concluido y deje las butacas.

Después de Maluenda venía Santiván.

Siempre me pareció menos perfecto, más desordenado e indómito, con algo inquietante y pasional, tierno a ratos, a veces medio loco, pronto a dispararse, y que tan pronto caía aquí como se levantaba allá; todo lo cual recibía comúnmente la explicación, muy usada entonces, de que «tenía algo de ruso», basada, por lo demás, en el hecho indiscutible de que admiraba profundamente a Tolstoy, Dostoiewsky, Turgueneff, Chejov, Andreieff, etc. Verdad que lo mismo decían de Maluenda al que nunca le hallé esa trepidación desmelenada o pronta a desmelenarse y que más bien me recordaba la composición simple y clásica, el tono objetivo e impersonal de un discípulo de Flaubert. Es

que los autores rusos impregnaban en aquel tiempo la atmósfera. Acudiendo siempre a la memoria, único tribunal inapelable, sin releer textos ni revisar juicios, recuerdo de Santiván un cuento muy vigoroso y que llevaba adentro su intención: trátase de una pobre bestia, caballo o burro, hambreado, flaco, a quien su amo forzaba a trabajar de sol a sol y que amarraba después creo que para dar vueltas en torno a una noria y que un día, del modo más natural, le lanza al hombre una coz, se la acierta, lo mata y sigue paciendo tranquilamente, ya libre, el buen pasto de la tierra.

Mariano Latorre, en aquel tiempo, Latorre Court y ahora Latorre «tout court» era el más joven de los tres y se distinguía de ellos y de todos por un amor frenético, apasionado, inquieto, celoso, tímido y constante por su oficio de escritor. Tomaba nota celosamente cuanto en las bellas letras podía servirle o perjudicarle. Me encargaron en Zig-Zag un artículo sobre «Las Mujeres de la Independencia», para el número especial del Centenario, y cité allí, a propósito de cualquier cosa, una frase de Latorre que hallé exacta y me pareció hermosa: refiriéndose a la Colonia decía: «nuestra Edad Media». Con gran sorpresa mía y no sin placer, Latorre vió la cita y me dió las gracias, agregando, cosa que no dejé de advertir, que otro colaborador del mismo número, en una reseña de la literatura chilena, había olvidado nombrarlo a él. Fué la primera muestra que tuve de cómo en la vida literaria se suele «hilar delgado». Obra de las características per-

sonales de Mariano Latorre o, mejor, su distintiva fundamental, que hasta ahora conserva y sirve de sello o escudo a su personalidad, aparecía ya entonces bien definida: su amor a las cosas nacionales, su culto por la tierra y la afición invencible a pintar campos, «huasos», labradores, costas, costinos, cordilleras y cordilleranos. No se fatigaba nunca de eso. También lo hacían Santiván y Maluenda. Estimulado por Omer Emeth, recién instalado en la crítica—que él, a su turno, había instalado recientemente, tal como hasta ahora existe—la literatura criollista empezaba a vivir aunque su modelo, no hay que olvidarlo, ya lo había dado ese gran señor genial, elegante, perezoso, distraído y bohemio que se llamó Federico Gana, maestro de serenidad y buen gusto. La naturaleza de Chile, su paisaje, su gente, se incorporaba a los dominios del arte, iba poco a poco ennobleciéndose, trasformándose en belleza estética.

Esto trajo largas proyecciones y la historia literaria habrá de iniciar ahí uno de sus capítulos.

Pero aquí sólo intento evocar algunas reminiscencias personales, de esas que se pierden con el tiempo, sobre tres cuentistas, los «tres grandes del cuento chileno», como ahora dirían, que entonces llamaban la atención.

Maluenda y Latorre, incluidos en la órbita universitaria y pedagógica, se me aparecían más distantes y difíciles de conseguir que Santiván, a quien conocí y traté como visitante de dos escritoras cuya celebridad

crecía paralela, no sin provocar sorpresas y hasta un discreto escándalo dentro de su medio: Iris (la señora Inés Echeverría de Larraín) y Shade (la señora Mariana Cox de Stüven). Después en unas memorias literarias que Santiván publicó, he podido comprobar cómo el mundo, la que llamamos «realidad exterior» o «verdad objetiva», es, fatalmente, en su mayor parte, desde luego en la parte que nos interesa, una creación personal, el producto de nuestras ideas, nuestros prejuicios, nuestros temores y nuestras esperanzas. Da a entender allí Santiván que ya conversaba con Shade sobre hechos y personas para él desconocidos y que lo ponían tal vez no sin cierta intención, un poco al margen de la charla, como para insinuar que no pertenecía al mismo círculo. Pues bien, nada hay más lejos de la verdad. De entre esos dos personajes que yo veía ahí, en el pequeñito salón de Shade o en la gran casa de Iris, el más prodigioso, el más intimidante para mí era Santiván, porque era el más puro y exclusivamente escritor. Ellas eran dos señoras a quienes había oído nombrar mucho en mi familia y que tenían, digamos, otras formas de existencia una vida o no literarias; en cambio, ante mis ojos, Santiván era el autor, el escritor, el novelista, esa entidad casi sobrenatural que escribía y conocía a los escritores, que podía tratarlos y contaba anécdotas de ellos.

Y la explicación consiste, probablemente, en que Santiván, sólo muy pocos años mayor que yo, pero ya muy lanzado, tendría, en el fondo, como yo, ese ma-

nantial de sufrimientos que es una sensibilidad tímida, orgullosa y recelosa.

Sonreirán tal vez, sin pensarlo mucho, ciertos contemporáneos de Santiván al oírlo calificar de tímido. Pero yo hablo de puertas adentro, allá donde el carácter se forja para salir a luz, por lo general, completamente disfrazado, en son de defensa.

De puertas afuera, para el vulgo, Santiván era un atleta, un individuo resuelto y temible, casi un matón. No cualquiera se le atravesaba en el camino. Lo hizo, por mal de sus pecados, el pobre Alarcón Lobos, Director de *Zig-Zag*, un hombre sencillo, que escribía cuentos populares. Ignoro por qué chocaron. Sería tal vez alguna diferencia de ideas estéticas; recuerdo que Alarcón, en los consejos que entonces me daba, me decía que a los cuentos había que «sacarles punta» y Santiván, cuando hablaba sobre el mismo problema de técnica literaria, decía que los cuentos había que «redondearlos». Se comprende que dos personas con ideas tan opuestas no podían entenderse. El hecho es que en el ambiente literario de la época quedó resonando mucho tiempo la tremenda bofetada con que Santiván, colaborador de *Zig-Zag*, tendió por el suelo al Director.

A más de estos tres sobresalientes y representativos, había, naturalmente, por aquella época, multitud de otros cuentistas mayores y menores. Nombré a Federico Gana. Su figura ha ganado con el tiempo y, en la decantación que la memoria opera, sus cuentos

persisten como lo más equilibrado, sin la trágica intensidad de Baldomero Lillo, otra figura de maestro, pero con un don de armonía interna que les dan aire clásico y les aseguran al porvenir. Guillermo Labarca que empezó en la primera fila, produjo una obra maestra y se calló, forma entre los precursores, al lado de Augusto D'Halmar, ejemplo íntegro del hombre de letras dado por completo, desde el comienzo y para siempre, a su vocación artística, sin duda la más ampliamente realizada de nuestra historia.

Esos estaban antes de «los tres».

Después vendrían otros.

San Francisco de Las Condes, mayo de 1948.